

Precio 15 céntimos



LA SARTIA

ARTISTA DRAMÁTICA



Fot. A. Torija.

María Guerrero.

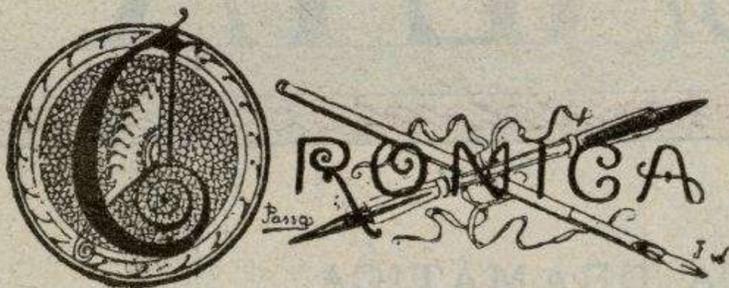
en la obra ENTRE BOBOS ANDA EL GUEGO

LA SAETA

Toda la correspondencia se dirigirá á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA.

DIRECTOR LITERARIO
DANIEL ORTIZ

España y Portugal, trimestre. . . 2 ptas.
Cuba y Puerto-Rico, semestre.. 5 »
Extranjero, semestre.. . . . 6 »



HAY partidarios del calor, los hay del frío, y otros que prefieren un término medio.

Escusamos decir [que estos] otros son casi toda la humanidad.

Si no hubiera más dilema que el calor ó el frío, yo optaría por este último, con las arraigadas convicciones del hombre que está grueso y suda mucho.

¡Oh, el calor! Se lo regalo á cualquiera.

¿Saben Vds. lo que es un día de calor para un hombre que, como yo, está gordo?

Lo voy á explicar para que Vds. se enteren.

Yo ya conozco cuándo va á hacer calor porque entre sueños me siento ahogar, ó siento que me dan duchas de agua caliente, ó que me arrojan un lebrillo de ardiente líquido sobre las espaldas.

Al despertarme, me veo inundado de sudor.

¡Valiente día voy á tener! murmuro.

Y como aquel que sube las gradas del patíbulo comienzo á vestirme.

Cada calcetín que me pongo me cuesta un triunfo. Como estoy bastante desarrollado, para alcanzar con las manos á los pies, tengo que sudar la gota gorda.

Después, el meterme el pantalón es otro ejercicio de cincuenta mil demonios.

¡Y los zapatos! A veces tengo que llamar á la criada, ó á la familia, ó los vecinos para que me los pongan.

Luego me zambullo en una gran palangana de agua ¡y venga refrescar!

Pero tal calor despide mi cuerpo que enseguida parece que me estoy bañando en caldo.

Después de mil congojas acabó de vestirme y salgo á la calle.

Al llegar al portal ya estoy chorreando sudor. Siéntome en el último escalón y me dejo liquidar un rato.

Salgo á la calle, doy dos pasos, y ya voy regando la acera.

Párome en una tienda cercana, y hago un lago en el cual hacen después navegar barcos de papel los niños del tendero.

Después voy al Paseo de Gracia á buscar la brisa. ¡Que si quieres! No hay brisa ni nada.

Un sol abrasador cae sobre mis espaldas y me derrite, materialmente hablando.

Los mangueros me suplican que me pasee por el arroyo para ahorrarse el trabajo de regar.

Me siento en un banco para descansar y á os diez minutos el sudor me llega á las rodillas.

Me levanto temiendo ahogarme y llego hecho una sopa á la plaza de Cataluña.

¡Aquí es ella!

¿Cómo paso yo este desierto de Sahara?

Si hubiese barcos yo ya sé cómo me las compondría. Me quedaría un rato parado hasta convertir la plaza en un mar de sudor, me embarcaría y pasaría á remo toda aquella vasta extensión.

Pero no hay más remedio que tomar el cielo con las manos y atravesar corriendo aquel espacio.

Llego frente al Continental y me dejo caer en el suelo desmayado.

Estoy en esta situación media hora, y tienen que echarme un cable porque sino me ahogaría en mi propio sudor.

Tiro Rambla abajo, y salen de una cochería y me ponen en el pecho un cubo para que lo llene á fin de dar de beber á un caballo.

En la Rambla de las Flores los carreteros de una cuba del Ayuntamiento me ponen una manga en la espalda y yo voy soltando líquido hasta que la lleno (la cuba).

Frente al Suizo hago un charco y en seguida se establece una caseta de baños al lado, para que se pueda bañar la gente sin necesidad de ir á los Orientales ó á la Deliciosa.

Por último, llego al puerto, me siento en la escalerilla de Atarazanas, y, como de las cataratas del Niágara, salen de mi cuerpo torrentes de agua.

El Mediterráneo se va llenando; él y las aguas del puerto suben un palmo, dos, ocho, diez...

¡Conflicto general! ¡La mar que se sale de madre! —oigo gritar por todas partes.

Y no es la mar; soy yo que sudo.

Permanezco allí hasta la tardecita, y entonces se aprietan mis poros y dejan de ser caños.

Seco un poco mi ropa, que ya puede el lector figurarse cómo estará, y vuelvo Rambla arriba.

Entro en un café y pido un helado servido en tinaja, y lo saboreo con delicia.

Luego me miro á un espejo y apenas me conozco.

Del hombre redondo y lleno de carnes que salió de su casa por la mañana, sólo queda un chuzo de sereno, una estampa de la herejía.

Naturalmente; todo me he ido en sudor.

Salgo del café, y voy á casa y allí no me conoce nadie; me toman por un extraño.

Gracias al metal de voz soy reconocido por la familia.

Me llevan á la cama y llaman á los médicos, porque mi estado es el de un esqueleto.

Estos recetan la mar de menjerges y hacen traer mantas ¡¡¡para que sude!!!

Yo doy entonces un grito de espanto.

Y aquí tienen Vds. lo que es un día de liquidación individual sufrido por un servidor de Vds.

Con un poquillo de exageración, naturalmente.

Veo que casi toda la *crónica* se la ha llevado el calor. Y como tengo pereza, y me ahogo, y no se me ocurre nada, hago aquí punto final.

ELIDAN.

VAGUEDADES VERANIEGAS

I.

Cuando en las noches
de ardiente estío,
cierren sus broches,
que guarnecen con gotas del rocío,
las lindas rosas
de tu ventana
¡qué dulces cosas
el amor te dirá, rosa temprana!

II.

Cuando en el cielo
brilla la luna,
y, en mi desvelo,
cifro en verte y hablarte mi fortuna,
de mis penillas
es la más negra,
que de rodillas
me halle á tu lado mi presunta suegra.

III.

Mientras la *diva*,
que dicen *casta*,
besos reciba,
sin que nunca á Endimión le diga «¡basta!»
¡cuántos rumores,
en son de queja,
oirán las flores
que crecen con mi amor tras de tu reja!

IV.

Mientras sus cuernos
la luna saca,
y amores tiernos
te canto en mi bandurria, hermosa Paca,
contra el zarpazo
me pongo alerta
de ese perrazo
que soltais por las noches en la huerta.

V.

Largas y ardientes
tardes de estío,
en que sus frentes
los álamos inclinan sobre el río;
vuestro es el canto
de la cigarra;
callan en tanto
las cuerdas, flojas ya, de mi guitarra.

VI.

Bala el cordero,
cantan los grillos;
en el otero
repiten sus romanzas los cuclillos...
¡Ay! qué preciosa
música es ésta!
No hay mejor cosa,
para dormir tranquilo larga siesta.

VII.

De la gaviota
la blanca pluma
rizada flota

de la risueña playa entre la espuma;
que allí, ensayando
sus bajos vuelos,
se están bañando
de las aves marinas los polluelos.

VIII.

Lindas polluelas
de corta saya,
que, coquetuelas,
lucís las pantorrillas en la playa;
ved que este triste
coplero pobre,
se queda al piste
de vuestras gracias en la mar salobre.

IX.

Musa sencilla
del veraneo
perezosilla
siempre te veo.
Pues si me soplas
es en mi daño,
basta de coplas,
¡me voy al baño!

E. BUSTILLO.

NOTICIERISMO

Esta es la época de los *reporters* activos y de los bombos espontáneos.

Con motivo de los calores la gente ha huido de Madrid y tras la gente se fueron los periodistas dispuestos á seguirle los pasos y á meterse en todo; hasta en el cajón de la cómoda.

Los periódicos publican correspondencias de Spa, de Betelú, de Mondariz, de Castrourdiales, de Getafe...

Y es que los *reporters* no descansan hasta darnos á conocer el número de vestidos que posee la marquesa de H. y la condesa de W. y la baronesa de Z.

La misión del buen periodista consiste en penetrar en las fondas y enterarse minuciosamente del nombre y señas de los sujetos que veranean.

—¡Mozo!

—Señor.

—¿Hay muchos huéspedes?

—Muchísimos

—Nombres, nombres. Eso es lo que necesito.

—El señor de Mostrenco, su señora y cinco hijas; la viuda de Ceráfina con una criada negra El señor de Barbo, banquero pontevedrés...

—Basta. ¿A qué hora se bañan las de Mostrenco?

—A eso de las ocho.

—¿Qué traje?

—Azul marino, con ribete rosa.

—Bien. ¿Son aficionados á la merluza?

—Poco.

—Otro dato. ¿Quién las peina?

—Se peinan unas á otras. A la señora mayor la peina su esposo con los dedos.

—Bravo. ¿Tienen mucha ropa blanca?

—Regular.

El periodista va tomando notas con todo esmero, antes de conocer personalmente á los huéspedes. Después se hace presentar ó se presenta solo: declara su profesión y las intenciones que le guían y á las pocas horas de su llegada, ya le dicen las chicas:

MÁS BAILES



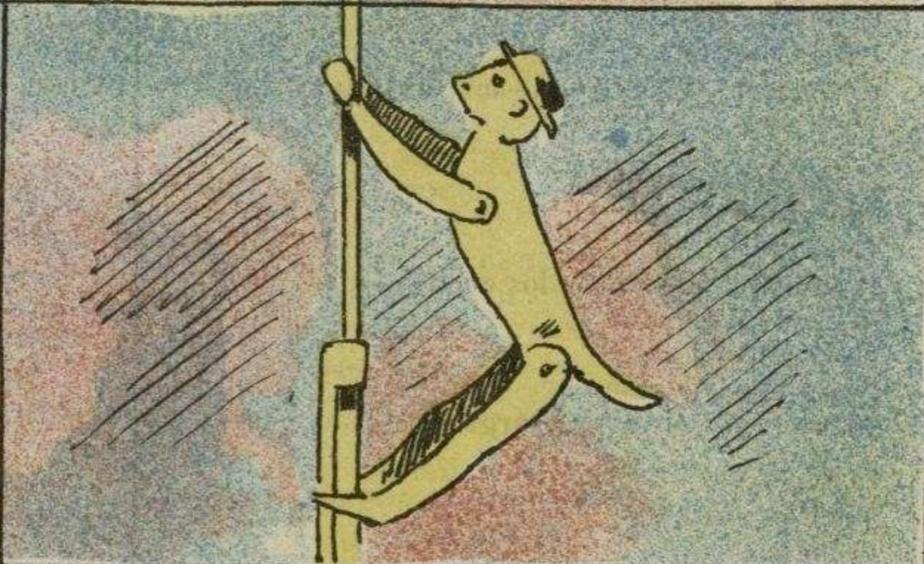
Como bailaban en Roma.



Como bailaban el siglo pasado.



Como bailan ahora en los chamizos.



Carrasco



—¿Qué te decía en el agua el bañero?
—Pues me preguntaba si eras tú mi papá.

—Diga usted, Regleta; va á escribir hoy á su periódico?

—Sí señora; primero voy á afeitarme y enseguida pienso hacer una correspondencia de doce cuartillas.

—No se olvide usted de decir que la de Cateto se ha puesto aquí en relaciones con Pepito Sardinilla, teniente sencillo de carabineros ¡Ya ve usted que cosa más descabellada! ¡Ir á corresponder á un hombre que no tiene más que su sueldo y que debe aún cincuenta y tres reales en la casa de huéspedes!

—Se dirá,—contesta el hijo de las prensas.

—Parece que no, pero deben interesarle mucho al país estas noticias cuando las traen los periódicos.

Lo mismo sucede en el terreno de la política.

Llega un redactor á cualquier punto y le dicen:

—¿Sabe usted quién está aquí desde hace cuatro días?

—No, señor.

—Pues, don Recaredo del Alamo, ex-ministro. Viene con una tía suya picada de viruelas.

—¿Qué escucho! ¿Don Recaredo está aquí?—exclama el *reporter*;—voy á pedirle una conferencia.

La pide, la obtiene y el periodista escribe en estos términos.

«Llegamos al hotel. Don Recaredo estaba en aquel instante limpiando unos botones de camisa con polvos de asta de ciervo. Nos saludó cortesmente y con la amabilidad que todos le reconocen; después dió principio la conferencia.

—¿Qué opina usted de la actual situación?—le preguntamos.

—Opino, que está buena á Dios gracias.

—¿Cree usted que Alemania mira con buenos ojos el adoquinado de madera?

—Creo que no hay cosa más sabrosa que el bacalao guisado á la vizcaina.

—Tengo mucho interés en que usted emita libremente sus opiniones sobre estos asuntos trascendentales, porque el país las espera con ansia.

—Por eso estoy aquí y le abro á usted mi pecho.

—¿Quisiera usted volver á ser ministro?

—Eso no se pregunta; pero debe usted decir que no aspiro á semejante honra.

—Corriente; ¿qué hace usted por el día?

—Me levanto, me lavo; leo la correspondencia, después me corto los padrastros. Algunas veces juego al tute con mi tía. Otras veces me pongo á tocar la guitarra, que es instrumento que me gusta mucho.

—Este dato es interesantísimo. Lo consignaré.

—Diga usted también que fumo cigarrillos de cuarenta. Conviene que se note mi tendencia á proteger las rentas del Estado.

La mayor parte de los diálogos que en este tiempo publica la prensa referentes á la manera de pensar de los hombres notables que veranean, tienen la misma importancia que el que acabamos de describir.

Pero el periodista activo no ve así las cosas, y come mal, se viste de prisa y corriendo, no duerme la siesta ni se corta con calma las uñas con tal de poder husmearlo todo y adquirir datos

para sus correspondencias.

Eso sí; las chicas le agasajan, las mamás le adulan y los elegantes le convidan al café con empeño para poder decirle entre sorbo y sorbo:

—¡Hombre! A mí no me gusta salir en los periódicos, pero tengo el capricho de que sepan en Madrid que pago tres duros diarios en esta fonda y que he estrenado un terno verde-mar con pintas.

—Lo pondremos en letra de molde.

—¿No me ha visto usted nunca tirar?

—¿De alguna carreta?

—No; tirar el sable. Anteayer di aquí un asalto que gustó mucho. Si quiere usted decirlo en el periódico...

—Se dirá.

Los fondistas suelen tratar con cierta consideración á esos jóvenes públicos que disponen de una pluma acerada y cuentan con diez mil lectores seguros para las lucubraciones.

—A ver, Juan. Sírvale usted el almuerzo á don Pepito.

—¿Qué don Pepito?

—El periodista... Ya sabe usted que la tortilla le gusta blanda. Póngale usted cerca la sal y los palillos; si no quiere la chuleta, tráigale usted solomillo, y si no pollo, y si no lo que quiera.

El periodista ordena y manda en la fonda á su antojo y el dueño le dice á cada paso:

—Aquí está usted como en su casa. Cuando quiera usted cualquier cosa, no tiene usted más que pedirla. ¿Le gusta á usted el arroz á la valenciana? ¿Sí? Pues lo comerá usted hoy, pero arroz legitimo. No vaya usted á creer que aquí usamos como en la fonda de al lado, pedacitos de yeso mezclados con el arroz... No me gusta hacer daño á nadie, pero si lo pone usted en su periódico me alegraré. Ese fondista es un hombre que no tiene conciencia ni decoro personal, ni cariño á la familia... Casi todas las tardes, á eso de las cinco, le pega á su mujer.

Todo el mundo va á buscar al periodista para que dé á los vientos de la publicidad noticias interesantes, y alguna señora ingénuo le dice:

—¡Ay! ¡quién fuera pariente de usted, joven!

—¿Por qué, señora?

—Porque teniendo un periodista en la familia no estarían solteras mis tres niñas. Con anunciarlas de cuando en cuando, no les habría de faltar algún pretendiente rico.

LUIS TABOADA.

ENTRE ABUELO Y NIETO

—En el sétimo cielo (y va de historia) había una legión de querubines que relegó el Señor á los confines del rincón más oscuro de la gloria.

—¿Por qué?

—¡Por galopines!

—¿Ángeles y granujas? ¡Yo creía que todos eran buenos!

—Y lo són, pero hay clases todavía; unos son más benditos, y otros menos.

Además, los que digo no merecían el cruel castigo que reserva tan solo á la malicia la divina justicia.

Indóciles, traviosos y portándose siempre como tales no dejaban en paz con sus excesos

á los santos formales.
 Revolvían atriles y sillones,
 echaban á perder las arpas de oro
 y embrollaban plegarias y canciones
 desafinando á lo mejor del coro.
 Por eso el Padre Eterno
 no pudiendo llevarles al infierno
 les prohibió salir sin previo aviso
 de aquel sétimo piso.
 Tú creerás que por eso
 la legión castigada
 tuvo al hallarse casi desterrada,
 formalidad y seso?
 ¡Pues todo lo contrario!
 Cumplía la condena expiatoria
 promoviendo un barullo extraordinario
 que alborotaba sin cesar la gloria.
 Y viéndola el Señor una mañana
 en que daban los chicos mucha guerra,
 dijo. ¡Que adopten vestidura humana
 ¡Y que se vayan todos á la tierra!
 Si allí se portan bien serán premiados
 y volverán conmigo.
 si resultan malvados
 hallarán en los antros el castigo.

Y les mandó á este valle
 para purgar con lágrimas sus yerros.

—¿Cuáles son?

—¡Los que veas por la calle
 que van tirando piedras á los perros!

SINESIO DELGADO.

LA MEDICINA Á TIEMPO

I

—¡Sebastiana! ¡Sebastiana!
 —¿Qué quieres, papá?
 —¿Qué hacías?
 —Vengo de tirar al blanco en el jardín é iba
 á ponerme la amazona para montar á caballo.
 —Luego lo harás. Quiero leerte la carta que
 acabo de recibir de mi amigo el coronel Blas
 Lanzarote.
 —Luego me la leerás.
 —No, que te interesa. Habla en ella de Apo-
 lonio.
 —¿Qué Apolonio?
 —¿Así estamos? Apolonio, tu prometido.
 —¡Ah, sí!
 —Escucha la carta: «Querido Pepe: Tengo
 hambre de abrazarte así como á este diablillo de
 Sebastiana que va á ser mi hija. Os traigo á
 Apolonio, pues quiero que cuanto antes se ce-
 lebre esa boda que hace tantos años hemos
 concertado. Mi hijo sigue tan apocado y tan tí-
 mido que, francamente, me avergüenza. ¡Rayos
 y truenos! ¡cuando yo tenía su edad!... Esta
 carta me precede de veinticuatro horas.—Un
 abrazo á mi nuera y tú recibe otro de tu amigo.
 —Pepe.»
 —¿Eh, qué dices, Sebastiana?
 —Que me voy á montar á caballo.
 —Ven acá, loca; siquiera por el qué dirán de-
 bes corregir un poco tu manera de ser. En una
 señorita no sienta bien eso de montar á caballo,
 cazar, hacer gimnasia y tirar las armas. Con
 esos ejercicios pierdes los encantos de tu sexo
 y pareces... no sé cómo decirlo...
 —¿Un mari-macho, verdad?

—No quería decir tanto.
 —Pues yo lo digo por usted. Ya sabe usted
 papá, que he consentido por darle gusto á usted,
 en casarme con Apolonio, que á juzgar por el
 retrato parece una madamita... Pero, mejor,
 así llevaré yo los pantalones.

—Pero no dejes traslucir esas ideas delante
 de Blas y de su hijo.

—Yo no gasto hipocresía, y si Apolonio me
 quiere ha de ser así.

—Pero, hija repara...

—Yo no reparo nada. Me voy á montar á ca-
 ballo.

Y el pobre don José se quedó murmurando:

—Esta muchacha es un coracero.

II

Al día siguiente el sonido de los cascabeles
 anunciaba que un carruaje se acercaba á la
 quinta de don José. Este estaba solo con los
 criados en la verja aguardando á los viajeros.
 Su hija Sebastiana desde por la mañana había
 ido con la escopeta, el morral y los perros á ver
 si mataba alguna perdiz.

El carruaje se acercó por último y de él des-
 cendieron don Blas Lanzarote y su hijo Apo-
 lonio.

Era don Blas un hombre alto, seco, avellana-
 do y gastaba unos enormes bigotes blancos caí-
 dos. Su hijo Apolonio podría tener unos veinti-
 tres años y era un sietemesino delicado como
 una señorita.

—¡Esos brazos!—dijo con efusión el coronel
 estrechando á don José entre los suyos.—¿Y
 Sebastiana? ¿dónde está Sebastiana?

—De caza.

—¿Todavía sigue tan tremebunda?

—Todavía.

—Aquí tienes á Apolonio. Hombre, menéate,
 di algo.

Y Apolonio se acerca tímidamente á don Jo-
 sé, le dá la mano y le dice:

—¿Cómo lo pasa usted?

—Bien, hijo mío; pero has de seguir los con-
 sejos de tu padre y sacudir ese caracter... Es-
 ta casa ha de ser la tuya y quiero que te espon-
 tanees.

—Espontanéate, hombre, espontanéate.

—Pero papá...

—Pero papá... le replica su padre haciéndole
 burla.

Mientras los criados cargan con el equipaje,
 los amos suben á la casa despues de atravesar
 el jardín.

Preparan las habitaciones á los forasteros y
 estos se lavan, se arreglan y salen al comedor.

—¿Y Sebastiana?—vuelve á preguntar don
 Blas?

—No sé dónde está. Habrá que enviarla á
 buscar... Pero calle, ahí la tienes que entra
 triunfante en el patio.

Apolonio se levantaba de puntillas entre los
 dos viejos para ver á la que tenía que ser su
 mujer.

Sebastiana subió despues de desembarazarse
 del morral y de la escopeta.

—¡En mis brazos hija mia!—dijo Lanzarote
 estrechándola.

—Señor don Blas, cuánto me alegro...

—Picarilla, ¿Te acuerdas de cuando eras chi-
 quitina como una muñeca y te sentabas en mis
 rodillas para hacer arre-caballito?



—¿Se ha bañado V. ya? ¿Cómo está el agua?
 —Pues como siempre; húmeda.



En todo lo que va de verano ha pescado ya dos peces y tres insolaciones.

—Sabes que me dá pereza entrar.
 —¿Por qué?
 —Porque despues de estar contigo encuentro el agua más fria.

—¡Arriba!
 —Las faldas me estorban.
 —Pues remángate más, hija mia.

—No me acuerdo.

—Qué guapa estás y qué desarrollada! Mira á Apolonio; ¿te gusta el marido que te he escogido?

Sebastiana miró á Apolonio y éste se puso rojo como una amapola.

—Vamos, ¿qué hacéis mirándoos como dos tontos?—exclamó don José, á darse un abrazo, que nosotros lo toleramos.

Abrazáronse los novios y ella murmuró: ¡vaya un hombre! y él dijo por lo bajo: ¡valiente mujer!

III

Al día siguiente hallamos á nuestros cuatro personajes sentados á la mesa dando cuenta de una suculenta comida.

—¿Qué habeis hecho hoy, pimpollitos?—dijo el coronel á los jóvenes.

—Hemos ido al tiro de pistola,—contestó Sebastiana,—y Apolonio no ha querido tirar porque le daba miedo.

—¡Por vida del chapiro verde! ¿Pero qué, has de ser tan miedoso toda tu vida?

—Déjale, replicó don José.

—Es que aquí están trocados los papeles; mi hijo parece la mujer y Sebastiana el hombre. Ya estoy viendo quién va á llevar los pantalones en el matrimonio... Y ahora hablemos con franqueza. Sebastiana ¿te gusta el chico?

—No me disgusta, es humilde, servicial, guapo...

—Y á tí, palomino atontado ¿te gusta Sebastiana?

—Pero, papá...

—Pero, papá... ¡Vaya un hombre! Dí, con franqueza si te gusta ó no tu futura.

—Pues me gusta, ea.

—Así os quiero yo.

—Vamos á dar una vueltecita por el jardín—interrumpió don José.

—¡Marchen...! ¡ar!—grió el coronel, que siempre creía estar mandando soldados.

IV

Bajo los árboles se paseaban los dos viejos felices recordando los tiempos pasados.

Los jóvenes iban delante conversando.

—¿De veras, Apolonio, que no le disgusta á usted?

—De veras.

—Debo advertirle que soy muy caprichosa, que he de seguir el género de vida que he llevado hasta aquí y quiero que se me obedezca puntualmente.

—Así lo haré.

—Usted, dado su carácter, necesita al lado una mujer fuerte que vele por usted. Si su padre muriese, ¿qué sería de usted solo y triste en el mundo?

—Es verdad. Ahora ¿no podríamos hablar un poco de amor?

—Cállese atrevido; veo que saca usted los pies de las alforjas.

Quince días hacia que estaban en la quinta don Blas y su hijo, y se resolvió en asamblea general de los cuatro que la boda se verificaria dentro de un mes en aquella misma aldea, y que los novios partirían después á un largo viage.

Transcurrían los días y Sebastiana llegó á adquirir tal preponderancia sobre Apolonio que lo trataba como si fuera un lacayo.

Un día porque se levantó tarde, cogió Sebas-

tiana un látigo y le sacudió tres ó cuatro latigazos.

¡Aquello ya era demasiado! ¡Apolonio la echó una mirada especial!

Se acercó por último el día de la boda.

¡Hermosa y deslumbradora estaba Sebastiana vestida de blanco! Apolonio de levita negra y con aire entontecido la llevó al altar.

Los dos viejos estaban locos de alegría.

Se celebró la ceremonia con pocos convidados. Después fueron á casa y almorzaron.

Los novios se metieron en el coche que les había de conducir á la estación y partieron.

V

Dentro del wagón de primera donde iban los dos solos, á Sebastiana le chocó una vara de fresno que llevaba en la mano su esposo.

—¿Para qué quieres esa vara?—preguntó ella con curiosidad.

—Luego lo verás.

—Ahora mismo lo quiero ver.

—Te digo que luego.

—En este momento vas á tirar esa vara por la ventanilla.

—Pero, mujer...

—Nada, ó me dices para qué la quieres ó la tiras inmediatamente

—Con que lo quieres saber ¿eh?

—Si que lo quiero saber.

—Pues para esto.

Y Apolonio comenzó á sacudirle una serie de varazos, y Sebastiana se puso á gritar, sin que afortunadamente se la oyera gracias al ruido del tren.

Apolonio al sacudirla le decía:

—¿Con que querías llevar los pantalones? ¿Con que te proponías pegarme como á un chiquillo? Yo soy un lobo con la piel de oveja, un gato que saca las uñas. He engañado á mi padre, he engañado á todo el mundo, pero de mí nadie se burla, ¿entiendes, Sebastiana?

—¡Basta por amor de Dios!

—¿Me juras obediencia ciega y amarme sobre todas las cosas en este mundo?

—Te lo juro.

—Ahora venga un abrazo, tontona,—dijo soltando la vara Apolonio.

—¡Y cómo me la has pegado, condenado!

—Era preciso, para corregirte los defectos. Ahora tiremos la vara al aire porque espero que no me harás comprar otra.

—Nunca. Y en llegando á la primera estación hemos de mandar un parte á los viejos diciendo que somos los seres más felices de la creación.

Y así lo hicieron.

Y luego vivieron queriéndose mucho y ocupando cada cual su verdadero lugar.

Gracias á que Sebastiana fué medicada á tiempo.

DANIEL ORTIZ.

LA CAMISA DEL HOMBRE FELIZ

CUENTO HISTÓRICO

—¡El rey se muere!

—Doctor,

apurad todos los medios.

—Uno hay tan solo.

—Mandad

—Id sin pérdida de tiempo

y buscad por todas partes
un hombre, noble ó plebeyo,
que sea completamente
feliz.

—Bién.

—Y en el momento
le pediréis la camisa:
colocadla sobre el cuerpo
de su Magestad, y al punto
tendréis al monarca bueno. —
Montando briosos potros
que atrás dejaban al viento
por las puertas de palacio
los cortesanos salieron
más por amor al monarca
que buscando honroso premio;
pues siempre los cortesanos
por nobles se distinguieron. —
Cruzan ciudades y aldeas
y cabañas y senderos,
preguntan á todo el mundo
si eran felices; más viendo
que para serlo del todo
todos tenían un *pero*
volvían desesperados
sin el logro de su objeto,
cuando á la falda de un monte
y en las afueras de un pueblo,
notaron que al pié de un árbol
estaba un pobre durmiendo.
Tenía el mundo por casa;
la yerba por blando lecho;
por riqueza la pobreza;
por techumbre el firmamento
— ¡Eh, buen hombre, despertaos!
— ¿Qué me quereis? — dijo, abriendo
los ojos y con rudeza
arrugando el entrecejo
como aquel á quien le arrancan
de las dulzuras del sueño. —
¿Qué me quereis? acabad,
replicó. — Decidlo presto:
— ¿Sois feliz?

— Completamente.

— Pues quitaos al momento
la camisa y dádnosla.
— Vaya, vaya; no seais necios
y dejadme descansar
á la sombra de este fresno.
— Es para el Rey.
— Que lo sea.
— Sabed que se está muriendo.
— Pues me parece que el Rey
se muere. Y lanzó un bostezo.
— ¿Pero sois feliz?

— Del todo.

— Pues basta de miramientos.
¡Ó me entregais la camisa,
ó por el sol que os degüello!
— Bien: haced lo que querais
de mí, pero no la entrego.
— ¿Que razón hay?

— Una sola.

— ¿Y cuál es?

— Que no la tengo.

JOSÉ JACKSON VEYAN

LOS AMIGOS DE CONFIANZA

El hombre, confesémoslo de una vez, es lo más crédulo que se conoce; además de creer en el amor, en la buena fé y en otra porción de

tonterías, también cree, como complemento de todas ellas, en la amistad, y no es que ésta no exista, que quizá es lo único real y verdadero, sino que de puro cándido y bonachón, cree en la primera que le brindan, sin detenerse á escudriñar si es de oro fino y puro, ó si es de doublé garantido que ahora decimos, ó de similar, como llamaban nuestros padres.

La precipitación, la ligereza con que el hombre concede su amistad, ha sido objeto ya de burlas sangrientas y de finas y delicadas sátiras, pero lo ridiculizado más recientemente, sobre lo que ha caído el anatema de las producciones dramáticas, primero en Francia con la intencionada comedia *Los íntimos* y después en España con *Los amigos*, basada en el pensamiento filosófico de la primera, ha sido el abuso de ciertas amistades que, llamándose íntimas y de confianza, son al hombre lo que al gazapillo la culebra de cascabel, de cuyo magnético influjo no puede librarse, y avanza, avanza siempre á despecho suyo, hasta ser engullido por el enorme reptil.

Bien quisiera esto que te cuento, cariñoso lector, mi amigo, probarlo de una manera que no dejase lugar á dudas, con ejemplos llenos de gracia y de donaire; pero renunció á este propósito, y renunció casi sin pena, pensando que mil cosas hay que, aunque no se dicen, todo el mundo sabe que son malas, y lo sabe, y tiene el conocimiento mayor que puede imaginarse.

El amigo de confianza, y cuidado que no hablo en absoluto, es una especie de divieso que sale al hombre de buen carácter, de sensibilidad exquisita, de corazón delicado, que se enternece con las desgracias del prójimo á quien conoció el día antes, que sufre con las desdichas de aquel á quien ha pagado el café tres veces, que siente las penas del que fué su compañero de pupilaje, y por último, que cree de buena fe en las protestas de una amistad sincera y desinteresada. El amigo de confianza sale apenas amanece, porque las buenas obras han de practicarse temprano, y se dirige á casa de su víctima.

— Tilin, tilin.

Una voz medio adormilada:

— ¿Quién es?

— ¿Está Angel?

— Sí, señor, pero aun está durmiendo.

— No importa: ¡Angel! ¡Angelito! ¡Somos amigos íntimos! No tenga usted cuidado, señora, que la riña. ¡Angel! ¡Angel!

Y diciendo y haciendo, y atropellando á la criada, ó la patrona, llega hasta la alcoba donde reposa su *amigo*, que no esperaba tan *agradable* visita, y le saluda amistosamente.

— ¡Hola chico! Dame un cigarro.

— Ahí tienes. En la mesa de noche.

— ¡Tunante! ¡Dos cajetillas! Me guardo una.

— ¿Cómo has madrugado tanto?

— Porque me urgía verte, y te necesito.

— ¿A mí?

— Sí, préstame dos duros.

— Hombre, yo...

— ¿En el chaleco? Bueno. Ya los he encontrado. Me llevo tres, lo mismo dá. Gracias; adios, chico.

Y sale tarareando una ária de *Norma*, un paso doble ó unas habaneras. Eso depende del carácter.

Otras veces el amigo de confianza camina á

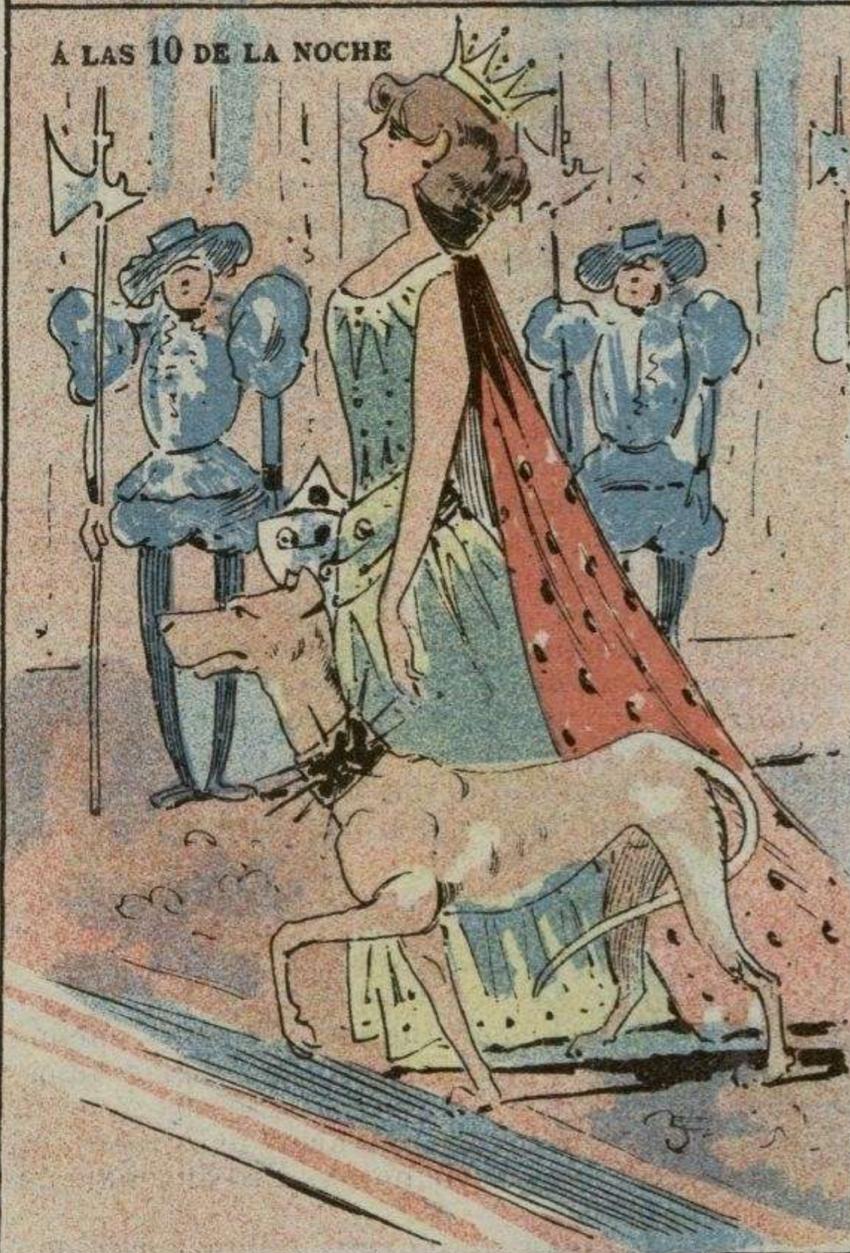
VIVIR SOÑANDO Ó EL DOMINGO DE UNA TERCERA TIPLE



Miseria, hambre y compañía.



Convertida en pajecito que no cubre las formas.



Llega á ser princesa.



¡La triste realidad!

A BAÑARSE



En las grandes profundidades del inmenso Océano.



En la Barceloneta.



En la tinaja.

En Biarritz.

la ventura sin saber á donde, pero no sin saber á qué. Entonces es todo ojos, porque en ellos tiene cifrada su esperanza, como otros en su talento, en su trabajo ó en su osadía, que de todo hay en este mundo feliz que habitamos por dicha nuestra, y mirando y remirando á la derecha, á la izquierda, de frente y de reojo, atisba al fin á un joven de mirada dulce y tranquila que revela bien á las claras la bondad de que se halla dotada su alma.

—¡Mi querido Inocencio, cuánto me alegro de encontrarte! ¿Estás bueno?

—Gracias. ¿Dónde vas?

—¡Qué sé yo!... Estoy desesperado! Son los días de Amelia, y quisiera regalarla... ¿Llevas dinero? ¡Ah, sí! En este bolsillo he encontrado moneditas de cien reales. Ya te las devolveré. Dos ¡Qué diablo! Para eso son los amigos, ¿verdad, chico? Anda con Dios, calavera. Ya sé, ya sé que andas ahora muy entretenido... ¡Seducor!

Y sin darle más explicaciones que unos cuantos golpecitos en la espalda, le abandona, después del minucioso examen de bolsillos, que da por resultado el decomiso de los dos desdichados doblones.

Todavía se conoce en el mundo de las amistades íntimas otra variedad de la especie más mala aún y más dañina.

Dice un proverbio que hasta los platos riñen en el vasar, que es un casero modo de significar que, por bueno que sea un matrimonio, tiene al fin ó á la postre sus *reyertas* y sus ratos de malhumor, en cuyos momentos lo que más desean los enojados consortes es que nadie pueda enterarse de que existen nubes que empañan el claro sol de su felicidad.

¡Vano deseo!

Así como el pecado de Adán tuvo por espectadora la serpiente, la riña conyugal tiene que sorprenderla un amigo íntimo.

Al entrar, en lo iracundo de los semblantes conoce fácilmente que pasa algo grave, que el orden se halla profundamente alterado, pero disimula.

El marido aprovecha aquella circunstancia, y se escurre bonitamente, y hête aquí que el íntimo queda solo con la irritada esposa.

—¿Qué es esto, Luisita? ¿Está usted de mal humor?

—No, la cabeza que me duele bastante.

—¡Sea usted franca; vamos, alguna violencia de Restituto. Es mi amigo íntimo, y por eso conozco mejor sus defectos. Es demasiado brusco y bastantemente torpe para no tratar con delicadas atenciones á una esposa que vale tanto como usted. Si yo... ¿Pero qué digo? ¡Ah! ¡Oh!

Y aquí el íntimo esfuerza una larga serie de consejos más ó menos equívocos que suelen hacer la felicidad del matrimonio, en términos de no volver á reñir, porque no vuelve á reunirse en su vida.

Otras veces la intervención en la pelea matrimonial es más directa; tiene el talento de presentarse cuando, por estar en lo más recio, más próxima se halla una reconciliación encantadora, y sus oficios generalmente no se los agradece nadie. Sobre que hay hombres que dicen que estarían riñendo con su mujer eternamente, por el gusto sin igual de hacer las paces...

Que la vida está llena de deleites es cosa olvidada de puro sabida. Apenas habrá uno que

deje de saborear sus goces delicados; y no lo digo por el reuma, la falta de dinero y otras menudencias, así de insignificancia sumia como éstas, sino por un amigo de confianza que, despertándonos al ser de día, se presenta muy hondo y muy lirondo en nuestra alcoba.

—Querido Cándido, vengo á abusar de tu amistad.

—¿Eh?

—Sí, chico. ¿Cuántos pantalones tienes?

—¡Hombre!

—Vamos, di.

—Esos que tengo ahí colgados.

—¿Nada más?

—Nada más, porque otros que tengo están inservibles.

—Respiro. Pues mira, me llevo estos; creo que me estarán bien, voy á verlo. Tú puedes arreglarte con los otros. ¿No es verdad? ¡Ajaja! Perfectamente. Vaya, adios, Cándido. Ya nos veremos.

Y se va, mientras con tanta boca abierta, como se dice vulgarmente, contempla aquella especie de expoliación, contra la cual el estupor no ha dejado pronunciar una palabra.

Así como el enamorado ve en todas las mujeres la que ama su corazón, y cuentan que el rey Rodrigo veía la daga que había de asesinarle, y don Pedro de Castilla el puñal de don Enrique, es fijo, es seguro, es infalible, que ciertos hombres ven á la hora de sentarse á la mesa su amigo de confianza. Hay de éstos que, á semejanza de cierto fraile, cuyo cuento para concluir voy á referir á mis lectores, caen como llovidos del cielo apenas trae el criado la sopera.

Había en cierto pueblo, cuyo nombre es ahora lo de menos, un labrador bastante bien acomodado y mucho más que bien acomodado, gastrónomo, que fijamente comía al dar las doce del reloj de la iglesia parroquial. Sentábase debajo de una ventana que daba á la calle, en la cual se asomaba, no bien el arroz ó los macarrones humeaban, un corpulento fraile del convento inmediato que siempre se hacía presente, exclamando:

—Parece que hay apetito.

—No falta, padre Timoteo.

—¡Y qué bien huele! Es capaz de resucitar á un muerto.

—¿Quiere usted comer con nosotros?

—Bien, hombre, entraré á honrar su buena voluntad.

Y entraba, y se sentaba y comía; y el padre era tan fijo como la sopa al sonar las doce, por lo que amostazado ya el labrador, mandó á su mujer un día que al siguiente preparase la comida para las once y media, creyendo librarse así del consabido convidado. En efecto, la mujer fué puntual y mi hombre ya se regocijaba, pensando en el chasco que iba á llevarse fray Timoteo, cuando al sacar la sopa, aparece en la ventana con su gruesa cabeza y su enorme capucha caída al desgaire.

—¡Hola! ¡Hola! Hoy se anticipan los oficios, ¿eh?

—Sí, señor.

—¡Y qué buena cara tiene el arrocillo! Está diciendo ¡comedme!

—¿Quiere usted probarle?

—Sí, hombre; voy á hacerlo.

Pasó adelante fray Timoteo, y se llenó el

plato hasta los bordes, y se puso á comer desahoradamente; pero queriendo alegrar un tanto la comida y lucir al propio tiempo sus conocimientos científicos, empezó á hablar de la regularidad con que se suceden las estaciones, y de los eclipses, y de las distintas fases de la luna y de otra porción de cosas á cual más curiosas y entretenidas, hasta que, interrumpiéndole bruscamente el labrador le dijo:

—Y dígame, padre, ¿están á mucha altura las estrellas?

—A muchísima.

—¿Cuánto tardaría en bajar hasta nosotros un hombre que se cayera desde allí?

—¡Qué sé yo! Mucho tiempo.

—Pues mire usted, padre; yo sé que si se cayera á las once un fraile, á las once y media estaba aquí comiendo arroz con nosotros.

La crónica no dice si fray Timoteo entendió la indirecta.

Los amigos de confianza también son muy exactos; pero estos, me consta, no lo entenderán jamás, que en ello va la ganancia.—E.



La pantomima acuática atrae cada día al Circo de caballos, del Sr. Alegría, una gran concurrencia que se rie á mandíbula batiente de las escenas cómicas á que da lugar. Con estos calores, escusado es decir que muchos de los circunstantes tomarían parte activa en la pantomima de muy buena gana.

En el mismo Circo ha obtenido muchos aplausos y legítimos el clown príncipe ruso, con sus animales.

Hay un jabali que canta mejor que Julio Ruiz, y dos perros que nos largan un duo como si fueran dos estrellas de las que se usan ahora en las piezas flamencas.

Hay que *dir*.

* *

Todos los periódicos de Madrid hablan de la gracia de los matuteros barceloneses.

Aquí se ha introducido manteca dentro del vientre de una Virgen Santísima y alcohol dentro de las patas de un catre.

Es claro que el mejor medio de introducir el matute es el que empleaban Pepe el Huevero y comparsa.

Pero á falta de pan, buenas son tortas.

Lo que quiere decir que las mantecas de una virgen y el aguardiente de un catre no pueden hacer bajar la renta de consumos en tres mil duros diarios como sucede en Madrid.

Por eso preferimos los bufos matuteros barceloneses á los trágicos que en Madrid se estilan.

* *

Sagasta ha salido para Alzola.

Quien *alzola* fué Cánovas en Julio del año pasado.

D. Práxedes ya no la alza.

Nos referimos á la gobernación del Estado.

Eusebio Blasco ha sido nombrado caballero de la Legión de honor.

Ya le hacia falta un poco de caballerosidad y otro poco de honor.

La Legión de honor era para nosotros una cosa del otro mundo, respetable entre todas las cruces respetables.

Ahora ha pasado á la categoría de cruz española.

Blasco con la Legión de honor!

Es lo mismo que si á D. Manuel Girona le diesen la cruz de Beneficencia.

* *

Los diarios locales dan unos bombos al gobernador Sr. Vivanco que, francamente, me ruborizan.

Por la cosa más nimia, bombo al canto.

Va á llegar el caso de que si se suena las narices el señor Gobernador, digan los periódicos:

«El Sr. Vivanco con la bondad y la distinción que le caracterizan sacó ayer su pañuelo del bolsillo, se lo llevó á la nariz, y produciendo un sonido suave y armonioso, se sonó con la mayor elegancia. Los que presenciaron el hecho felicitaron al Sr. Vivanco porque no metía ruido.»

¿No les parece á los colegas locales que ha llegado la ocasión de no ocuparse en niñerías?

* *

Van á derrivar aquel barracón que se llama Waterloo.

Pues yo no *loo* creo.

Porque es cosa de D. Manoloo Girona, y éste deja *loos* dientes con la tajada.



J. P.—No van las seguidillas porque son incorrectas.

Mianda.—El asunto no tiene nada de particular.

Cucufate. (Madrid).—Irán los cantares. Lo otro, francamente, no me gusta. Ya ha ido la composición.

D. M. D.—Le repito á V. lo que he dicho á Mianda. En esa clase de artículos ha de suplirse la pobreza del asunto con un estilo chispeante.

J. C. R.—Veremos si arreglando algo la última cuartilla puede ir, aunque no se lo aseguro á V.

F. de la E. (Madrid).—Irán.

S. L. (Madrid).—Irán las quintillas.

R. O. L. (Madrid).—Irán varios cantares.

F. F.—Veré lo que puede ir.

F. B.—Vá bien. Irá.

F. Z. S.—Camarada, casi es tan larga la dedicatoria como la composición. No sirve.

Fandanguito. (Madrid).—Tié gracia, pero ha errado V. la dirección; eso a los pornográficos.

Cucufate. (Madrid).—Posteriormente recibo nuevos versos de V. Irán más adelante.

Policeman.—Eso tendrá su mérito, pero yo no se lo veo.



—¿Es verdad que le has dicho á Cachirulo que me querías cortar la cara?
 —¿Yo? En jamás de los jamases me ha dao por catar sandias.

ANUNCIOS

LA SAETA SEMANARIO FESTIVO ILUSTRADO
 Colaboran en él los más celebrados literatos y los más renombrados dibujantes

Toda la correspondencia á D. Pedro Motilba, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—Barcelona

BIBLIOTECA PARA TODOS

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.

Cada tomo 15 céntimos en toda España.

Esta publicación está terminada y se vende por tomos sueltos ó por colecciones completas.

BIBLIOTECA DE BOLSILLO

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con elegantes grabados.

Precio de cada tomo: 15 céntimos.

Esta colección también está terminada y no se publicarán más tomos.

Se sirven tomos sueltos y por colecciones.

Para los pedidos de todas estas obras, dirigirse á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA.

CUIDADITO CON ESTO

Novelas, cuentos, artículos y poesías de varios autores, ilustrados con magníficos fotograbados y cubiertas al cromo.

Van publicados 10 tomitos á 15 céntimos, y hay más en prensa.

TRES MILLONES DE CHISTES

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas, ilustrados con profusión y lujo y con bonitas cubiertas al cromo.

Van publicados 45 tomitos á 15 céntimos uno y en prensa la continuación.

AGENTE EXCLUSIVO EN MADRID para la venta de LA SAETA, D. Julián Rodríguez. — Dicho señor tiene establecido un centro para el reparto y venta de toda clase de publicaciones. Tesoro, 5, bajo, Madrid.